

escribano, feo como un ogro, una prosaica obligación que le has firmado, y te llevará, no al cielo sobre las alas de un serafín, sino a una cárcel inmundada.

Cuando yo le hablaba de cierta sílfide de la calle de la Carrera, que tenía el mal gusto de mirarme con desdén, y de su madre que me hacía cara de oso, me daba este u otro consejo semejante.

—Vestido de capote y con los codos rotos, no hay que pensar en las lindas mujeres. Ponte botas charoladas, levita a la moda, un reloj de cuarenta libras, diles que acabas de heredar veinticinco mil pesos y que ha hecho testamento en tu favor una vieja tía que está ética, y entonces verás a la mamá blanda como un cordero, y a la ninfa dirigirte miradas de una ternura inefable.

Otras veces, hablándole Emilio y yo de los amigos que teníamos, de los convites que nos daban y de lo dulce y fácil que era la sociedad, Pepe nos decía, siempre amansando sus cerdosos mostachos:

—Yo me he rozado con los hombres y he quedado todo arañado; he metido la mano en el corazón de la sociedad y he corrido a lavármelas en un arroyo, porque las saqué llenas de lodo.

Este hombre nos hacía un daño horrible: su filosofía triste, desconsoladora, a veces cínica, quebrantaba nuestras más bellas creencias. Sin embargo, no podíamos separarnos de él: sus paradojas nos asustaban a veces, pero nos fascinaban siempre.

Emilio era más poeta, más soñador, más optimista que yo. Por desgracia, desde mi primera juventud, he visto en la sociedad más espinas que rosas y más sombras que luz. Emilio no soñaba un porvenir grande ni ruidoso, pero sí una existencia tranquila, calmada, llena de poesía y de amor.

Casarse con una linda muchacha en Bogotá, después de acabar su carrera: retirarse con ella a su casa de campo en el Valle del Cauca: pasar allí sus días cuidando sus vacas, entregado a ocupaciones campestres y paseándose con su amada bajo las ceibas, los naranjos, los madroños y las palmeras de su bello país: acostarse por la noche en una hamaca a aspirar la brisa perfumada de los bos-

ques, fumando cigarrós mientras ella preludiara al son de la guitarra canciones de amor: hacer versos en sus horas perdidas, cuidar sus caballos y sus perros, entregarse a todas las voluptuosidades de la pereza, que tiene tanto atractivo en los climas calientes: educar sus hijos, idolatrar a su mujer, vivir dichoso y morir en paz, he aquí el sueño dorado de Emilio.

—Voy a casarme, nos dijo un día a Pepe y a mí.

—¡Imposible! respondió Pepe. Eso en todo tiempo es una calaverada y a los diez y ocho años, una tontería. Y ¿en qué vergel encantado has encontrado esa flor maravillosa, que se alimenta con la brisa de los prados y el rocío del cielo? Pues supongo que un hombre tan ideal como tú no ha de buscar una mujer que coma y viva como todas, que haya tenido diez amantes o siquiera pensamientos mundanales.

—Calla, demonio, respondió Emilio; cuando conozcas a Angélica te postrarás de hinojos ante ella. Si la inocencia se pierde en el mundo, que la vayan a buscar en su corazón. Las aguas de un arroyo, al salir de las grietas de una peña, no son tan puras y límpidas como su alma. Yo soy su primer amor, me ha dicho anoche llorando de ternura.

—¡Eso es bueno! replicó Pepe. Lo mismo me dijo ayer una *mercachifla* de cuarenta años a quien estoy galanteando en la tercera calle real. Para las mujeres todo amor pasado es como si no hubiera existido; y por medio de una atrevida metáfora sostienen que el presente es el primero y el único. Después que una mujer pasa de los quince, hay dos cosas que no confiesa jamás: los años que cuenta y los amores que ha tenido.

—Si yo creyera verdaderas tus absurdas teorías, me daría un tiro, respondió Emilio. Yo creo en la inocencia de Angélica como creo en la luz, como creo en el cielo, como creo en Dios.

Dentro de seis años te reirás de toda esa jerigonza sentimental. Y ¿puede saberse la edad que tiene tu bella?

—Quince años.

—Otra tontería, añadió Pepe. Tesis general: no se casen ustedes jamás con mujer de quince años. A esa edad las